

Capitalismo tardío y despolitización de la sociedad chilena

Francisco Carrera

Durante los años 80 el anhelo de un sector mayoritario de la sociedad chilena era la recuperación de la democracia. Logrado este objetivo, en los 90, la ciudadanía, lejos de volcarse a participar masivamente en la vida política nacional, acepta sin problemas entregar los espacios de deliberación a la clase política. Progresivamente, el interés de los chilenos hacia la política comienza a decaer, al punto que, a mediados de la década anterior, empieza a hablarse de una creciente *despolitización de la sociedad chilena*.

Datos contundentes demuestran el descontento creciente de la población hacia la actividad política. Mientras en el plebiscito de 1988 la abstención electoral no superaba el 2,5%,¹ la cifra alcanza al 15,6% en las elecciones municipales de 1996 y al 12,7% en las parlamentarias de 1997. Las elecciones del año 97 arrojaron además una insólita cifra de 17,6% entre votos nulos y blancos. Sumando estos datos al porcentaje de no-inscripción, alrededor de un 40% de los chilenos en edad de votar no ejerció ese derecho en dichas elecciones.²

A las cifras entregadas debe agregarse la irrupción de una nueva fuerza en la escena política chilena. Se trata del grupo de personas que, de las tendencias políticas existentes, dice no identificarse con ninguna. Efectivamente, los "ninguno" vienen a reconfigurar totalmente el escenario electoral chileno desde mediados de los años 90. Las encuestas de opinión del Centro de Estudios Públicos revelan que, mientras en el período 92-93 los "ninguno" no superaban el 13%, para el período que se inicia con la llegada de Frei al poder, alcanzan un sorprendente 28% en promedio del período 94-99.³

¹ En Harald Beyer y Ximena Hinripeter, "Una fotografía del momento electoral", en *Revista Puntos de Referencia*, N° 220, Santiago, Centro de Estudios Públicos, diciembre de 1999, p. 3.

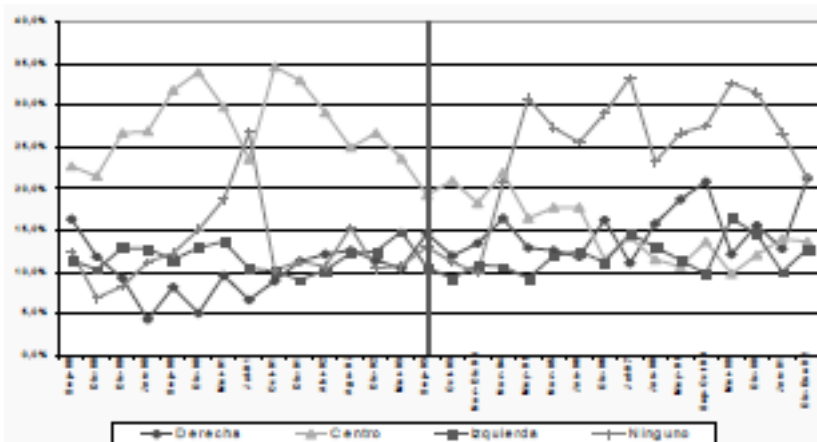
² Eugenio Tironi, *El régimen autoritario: Para una sociología de Pinochet*, Santiago, Dolmen, 1998, p. 129.

³ En Ximena Hinripeter y Carla Lehmann: "¿El fin de los tres tercios tradicionales: La irrupción de una nueva fuerza política?", en *Revista Puntos de Referencia*, N° 217, Santiago, Centro de Estudios Públicos, agosto de 1999, p. 3.

Gráfico 1

¿Con cuál posición política Ud. se identifica más o simpatiza Ud. más?

(Evolución Derecha, Centro, Izquierda y Ninguno en el MSE Medio) (Sectores urbanos)



FUENTE: ENCUESTAS CEP.

FUENTE: Estudio Nacional de Opinión Pública. CEP. Dic. 2001-Enero 2002.

www.cepchile.cl.

Los "ninguno" son, sin lugar a dudas, el grupo menos politizado de la población. Mientras un 52% de los simpatizantes de la derecha y un 44% de los de la izquierda tienen un bajo índice de politización, esta cifra sube a 78% entre los que no se adhieren a ninguna posición política.⁴

El crecimiento de los ninguno se relaciona directamente con el declive de la adhesión al "centro político" que, comparando iguales períodos, baja del 20,6% en promedio de los años 92-93, al 13,3% de promedio entre el 94 y el 99.⁵ Véase aquí los Gráficos 1 y 2.

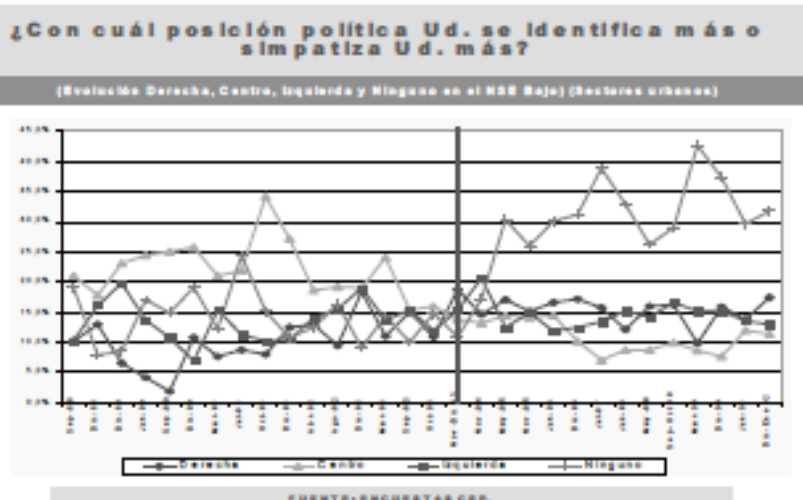
El Gráfico 1 muestra el declive en la adhesión al centro político y el crecimiento del grupo de los "ninguno" entre los sectores medios. Situación similar ocurre en el nivel socioeconómico bajo, tal como revela el Gráfico 2.⁶

⁴ El índice de politización de CEP se construye en base a cuatro preguntas: "Mira programas políticos en TV", "Lee noticias sobre política", "Conversa en familia sobre política", "Conversa con amigos sobre política". Las alternativas de respuesta son nunca, a veces y frecuentemente. *Ibid.*, p. 5.

⁵ *Ibid.*

⁶ Aunque carecemos aquí de datos referidos a la evolución en la identificación política de los sectores altos, lo cierto es que la Encuesta CEP Diciembre 2001-Enero 2002, muestra que curiosamente éste es el nivel socioeconómico más politizado, donde la identificación con la derecha supera ampliamente a todos los demás grupos, incluido el de los "ninguno". Véase *Estudio Nacional de Opinión Pública*, Dic. 2001- Enero 2002, CEP, en www.cepchile.cl.

Gráfico 2



FUENTE: Estudio Nacional de Opinión Pública. CEP. Dic.2001-Enero 2002.
www.cepchile.cl.

El fenómeno del desinterés hacia la política, mención especial merece el segmento de los jóvenes. Representando alrededor del 18% de la población en edad de votar, hacia 1997 cerca de un millón y medio de jóvenes rehusaba inscribirse en los registros electorales.⁷ Tres años después la Encuesta Nacional de Juventud confirmaría que un preocupante 61,5% de la población joven dice no estar inscrito para votar.⁸

Del mismo modo, un 69,3% declara no identificarse con ningún partido político; cifra casi idéntica en lo que dice relación con la adhesión a coaliciones donde el segmento juvenil en un 69% señala no identificarse ni con la Concertación, la derecha o el Partido Comunista. Todos estos datos, además, tienden a crecer conforme se desciende de nivel socioeconómico.⁹

Así, no resulta raro que sólo un 48,8% de los jóvenes señale que la democracia "es el mejor sistema de gobierno", frente a un 51,2% que la define como "un sistema como cualquier otro".¹⁰

La despolitización de la sociedad chilena puede tener como raíz diversos factores. Entre éstos podrían señalarse el estilo consensualista de la transición, las restricciones a la participación ciudadana producto de los llamados "enclaves autoritarios" o la extensión desmedida de las relaciones de mercado. Sin negar la incidencia de estos

⁷ Tironi, *op. cit.*, p. 129.

⁸ *Tercera Encuesta Nacional de Juventud*, Instituto Nacional de la Juventud, Gobierno de Chile, Santiago, 2000, p. 109.

⁹ *Ibid.*, pp. 112-113.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 115-116.

fenómenos, debemos señalar que el proceso de despolitización es común a buena parte de las democracias avanzadas. Ello nos lleva a intentar explicar la despolitización a partir de los cambios estructurales que afectan no sólo a nuestro país, sino a gran parte de occidente, como resultado de la consolidación del modelo capitalista y las modernizaciones que éste trae consigo.

Modernización y desafección política

Nuestro país, al igual que el resto de las naciones modernas, no está ajeno al proceso de creciente diferenciación funcional de la sociedad. Proceso en el cual política, economía, derecho, ciencia, etc., tienden a autonomizarse en la forma de *sistemas autorreferenciales*, desarrollando racionalidades específicas que operan independientes unas de otras. La autonomización de los sistemas da lugar a 2 tendencias: 1) un descentramiento de la política que deja de constituirse en núcleo rector de la sociedad y 2) como consecuencia de ello, la restricción de la capacidad de la política para intervenir en el resto de las esferas sociales.¹¹

Explicar la despolitización como consecuencia de la diferenciación funcional de la sociedad y la pérdida de centralidad de la política nos lleva a situarnos en el medio del debate entre las posturas de Niklas Luhmann y Jürgen Habermas al interior de las ciencias sociales.

Mientras para Luhmann el proceso de diferenciación funcional implica la extensión de los imperativos sistémicos a todos los ámbitos sociales; Habermas distingue dos planos de la vida social que operan con lógicas diferentes.

En el primero, Habermas —con Luhmann— constata la existencia de sistemas autonomizados que coordinan sus acciones a través de ciertos medios simbólicos (como el poder en la política, o el dinero en la economía). Estos medios reducen la complejidad de las operaciones sistémicas, tornándolas más eficientes en el cumplimiento de sus propias finalidades.¹² En un segundo nivel, no obstante, Habermas —contra Luhmann— es renuente a totalizar los imperativos sistémicos, resguardando de ellos al denominado *Mundo de la Vida*, ámbito de la existencia social en que las personas comparten sus experiencias y orientan colectivamente sus acciones no con el fin de lograr una mera coordinación guiada por criterios de eficiencia, sino con el objeto de alcanzar el entendimiento como sujetos libres de coacción. Al interior del *Mundo de la Vida* podemos reconocer la esfera pública y la esfera de la intimidad.

Habermas advierte como un hecho positivo el proceso de diferenciación funcional al posibilitar una mayor eficacia a las acciones sociales que se guían bajo criterios estrictamente instrumentales (progreso técnico, avances de la medicina moderna, administración racional de los recursos económicos, etc.). No obstante, Habermas se

¹¹ Norbert Lechner, "Modernización y democratización: Un dilema del desarrollo chileno", en *Revista de Estudios Públicos*, N° 70, Santiago, CEP, 1998, pp. 234-236.

¹² Jorge Larraín, *Modernidad, razón e identidad en América Latina*, Santiago, Andrés Bello, 1996, p. 239.

muestra crítico también de este fenómeno en algunas de sus dimensiones. A su juicio, lo propio de los procesos de modernización —bajo el régimen capitalista— ha sido la extensión de los imperativos sistémicos a ámbitos que no son de su competencia, dando lugar a una *colonización del mundo de la vida* por parte de la razón instrumental.¹³

Aquí, intentaremos dar cuenta del proceso que hemos denominado “despolitización estructural” como el resultado de la modernización en el marco de una sociedad capitalista, cuyos efectos pueden observarse en 2 planos. A saber, (1) la pérdida de centralidad de la política a partir de la creciente diferenciación funcional (perspectiva sistémica), y (2) la colonización de la esfera pública deliberativa por parte de la razón instrumental como consecuencia del despliegue desregulado de los sistemas funcionales (Habermas).

En el caso de Chile, los procesos de modernización tienen un doble origen. Uno, de carácter inducido, como consecuencia del *proyecto político* iniciado bajo el régimen autoritario y consolidado a partir de la recuperación de la democracia, y otro —complementario y paralelo— que dice relación con las transformaciones propias a las que da lugar el proceso de globalización. *Mundo de la vida* y *nivel sistémico*, en el Chile post dictadura pueden caracterizarse como sigue.

A. Nivel sistémico

A.1. SISTEMA ECONÓMICO

Para Carlos Cousiño y Eduardo Valenzuela, la autonomización de la economía tiene sus raíces en las reformas económicas llevadas a cabo por el Régimen Militar a partir de mediados de los 70. Estas reformas posibilitan una total monetarización de la economía y, con ello, el fin de las restricciones extramonetarias al interior del sistema económico. La monetarización, como estrategia modernizadora, da lugar a que las operaciones económicas no puedan ser controladas o intervenidas externamente desde la política: “El proceso de monetarización no es más que la autonomización funcional del sistema económico: *monetarizar* significa *neutralizar* ética y políticamente el espacio económico”.¹⁴

A partir de la monetarización se pone fin al anterior intento modernizador desarrollista que buscó estimular la productividad y el consumo a través de decisiones políticas que implicaban la intervención gubernamental en el funcionamiento del mercado.

Como veíamos en el capítulo 2, la implementación en Chile del modelo neoliberal, resultado de las modificaciones introducidas por los *Chicago boys*, tiene como punto

¹³ Véase Jürgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa. Volumen II. Crítica de la razón funcionalista*, Madrid, Taurus, 1999.

¹⁴ Carlos Cousiño y Eduardo Valenzuela, *Politización y monetarización en América Latina*, Santiago, Cuadernos de Sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1995, p. 137. Las cursivas son nuestras.

de arranque el afán de separar política y economía, con el objeto de permitir el libre desenvolvimiento del mercado. Esta situación —como advierte Larraín— lejos de alterarse, se consolida con la recuperación de la democracia: “Desde ese momento el sistema económico se consolidó como un sistema autorregulado de acuerdo con las leyes del mercado y se creó un consenso amplio sobre las medidas de política económica y de mantención de los equilibrios macroeconómicos que era necesario respetar”.¹⁵

Lo anterior, no obstante no implica, en sentido estricto, una ausencia total del estado en materia económica. La discusión en el gobierno, el parlamento y entre los distintos partidos puede aún versar de *política económica*, pero ya no más de *economía política*. No está en cuestión ahora el modelo de desarrollo que ha de seguir el país, sino a lo sumo el grado de participación del Estado en la economía a través del —cada vez más débil— gasto fiscal, y de la —cada vez más tecnificada— política monetaria.

A.2. SISTEMA POLÍTICO

El contexto de polarización y politización previo al golpe de Estado grafica perfectamente el papel central que otrora cumplía la política en la sociedad chilena. En el pasado, detentar el poder político significaba la posibilidad de disponer de determinados medios para poner en práctica un *proyecto de sociedad*. Las grandes utopías, como también el hecho dramático que las lleva a desmoronarse, hacen patente la capacidad de la política para controlar la vida social, vulnerando incluso el *marco legal* en el que supuestamente debían insertarse sus acciones.¹⁶ Del mismo modo, la centralidad de la política permitía influir directamente sobre los mercados con el fin de evitar efectos perjudiciales sobre los sectores sociales más desprotegidos.

Tras el intento forzado de despolitización por parte del régimen militar, que termina por fracasar dada la gran movilización social que trajo consigo la demanda por poner fin al autoritarismo, *el regreso de la democracia no significó el regreso de la política*. La democracia chilena se ha reconstituido en el marco del proceso de monetarización descrito anteriormente, lo que trae consigo la incapacidad de la política para intervenir la economía.¹⁷ Ello implica en los hechos que “la política pierd(a) materialmente la posibilidad de observarse a través de la economía cuando ésta se cierra operacionalmente y deviene un sistema autorreferencial”.¹⁸

Como resultado de la autonomización de la economía, los límites de la política se circunscriben a su ámbito específico, al tiempo que esta última deviene también un sistema autonomizado: si la política no tiene funciones que desempeñar fuera de sus propios límites sistémicos, es porque *ahora la política sólo se tiene a sí misma*. La pérdida

¹⁵ Jorge Larraín, *Identidad chilena*, Santiago, Lom, 2001, p. 222.

¹⁶ Sobre la problemática de cómo la política ha vulnerado históricamente al derecho en América Latina refiere buena parte del trabajo del sociólogo Aldo Mascareño: “Para que la política nos deje tranquilos. El duelo poder-legalidad y la autonomía del derecho en América Latina” (Borrador), 2003.

¹⁷ Cousiño y Valenzuela, *op. cit.*, p. 36.

¹⁸ *Ibid.*, p. 137.

de centralidad de la política en la vida social es lo que explica la despolitización: “Esta autorreferencialidad de la política es precisamente lo que frena el proceso de politización (pues la) politización (...) exige, por definición, la capacidad de la política de observarse a través de la sociedad. Toda vez que la política se observa a través de la sociedad (...) hay politización; cuando esto no ocurre, la sociedad se enfría políticamente”.¹⁹

Con un escenario como el descrito cobra plena validez el poco cívico adagio popular de que “da lo mismo quién esté arriba, si mañana igual hay que trabajar”. Y es que efectivamente, la ciudadanía se va haciendo consciente que en una economía monetarizada y globalizada poco o nada influye la autoridad de turno sobre los mercados, que los dilemas permanentes de una sociedad subdesarrollada como la nuestra, como son la miseria y las desigualdades, no tendrán una resolución política.

De desligarse de obligaciones en materia económica, la política pasa progresivamente a ocupar un lugar menos preponderante en la sociedad, permitiendo el despliegue mayor de otras esferas funcionales que antes estaban subordinadas al control político: “La política se contrae respecto de los otros espacios donde estaba previamente; y no hay más política en la economía, en la educación, ni en el arte. (Con ello) pierde presencia en la cotidianeidad, ya no está en todas partes (...). Está en el parlamento, en La Moneda, en el barrio cívico, pero nada más”.²⁰

Al ganar en indiferencia con respecto a la sociedad queda asentada la mantención de los límites sistémicos de la política.

La autonomización de economía y política, significan el desprendimiento de estos sistemas con respecto al marco institucional que los origina, sustentado en relaciones orientadas con fines prácticos (morales), antes que en coordinaciones únicamente instrumentales. Esto es lo que podemos caracterizar como *desacoplamiento entre sistema y mundo de la vida*.

B. Mundo de la vida

B.1. ESFERA DE LA VIDA ÍNTIMA

A nivel de la vida íntima, vale decir, del espacio representado por la familia, las amistades, las relaciones de pareja, los efectos de la modernización capitalista son innegables. Si en el pasado la vida familiar se vio trastocada por los condicionamientos que a ésta dio lugar la revolución industrial –y que en el caso de las clases subordinadas significó que el hogar moderno quedase reducido a un lecho de reposición de la fuerza física del obrero– las sociedades de capitalismo tardío, en su variante neoliberal, no sólo afectan al espacio íntimo a través de las exigencias del aparato productivo, sino también –y crecientemente– vía consumo. Con ello también se alteran los comportamientos de los individuos y los patrones de conducta que éstos han de seguir,

¹⁹ *Ibid.*, p. 139.

²⁰ Entrevista a Aldo Mascareño, 24 de marzo de 2003.

efectos que asépticamente se busca caracterizar como *problemas psicosociales* (enfermedades laborales, stress, drogadicción, violencia juvenil).

En tal sentido, el Chile post autoritario es una expresión manifiesta de las alteraciones de la vida íntima como consecuencia de lo que Habermas denomina *colonización del mundo de la vida*. Antaño esta colonización tomaba la forma de una natural coacción del mercado laboral a la esfera doméstica, tendencia que se intensifica a partir de los 90. La flexibilización del mercado de trabajo, incentivada desde el aparato estatal desde la crisis asiática en nuestro país, ha significado una disminución del tiempo libre de las personas laboralmente activas y, subsecuentemente, un deterioro de la vida íntima y familiar de éstas. Esto se traduce además en un aumento en la cantidad de horas que las personas permanecen fuera de sus hogares,²¹ en la consiguiente pérdida de visibilidad y presencia de los padres en el hogar y en la formación de los hijos y, en un menoscabo de las funciones socializadoras de la familia en favor de instancias de socialización no formales, particularmente la televisión.

A lo anterior, debemos añadir una segunda coacción que desde el sistema económico se ejerce con el objeto de aumentar los niveles de consumo individual y familiar. El consumismo comienza a ser uno de los rasgos más visibles de nuestra sociedad a partir de la vuelta a la democracia. La masificación del consumo pareciera ser indicativa no tanto de una mayor movilidad social, sino ante todo de una búsqueda permanente de status y reconocimiento, favorecido por el impresionante aumento de las posibilidades de acceso al crédito entre los sectores medios y populares, y por el debilitamiento de las organizaciones de trabajadores, gremiales y sindicales. Esto es lo que denostativamente Moulian llama "ciudadanía credit-card".²²

El consumidor, como el asalariado en condiciones de un mercado laboral flexibilizado, actúan en forma solitaria. Todo el entorno social —la urgencia por aumentar ingresos para costear altos niveles de endeudamiento, las presiones desde el empleador tendientes a evitar la sindicalización, la propaganda televisiva destinada a transformar en necesidad bienes y servicios evidentemente prescindibles, etc.— favorece el privatismo civil: la des-socialización de la ciudadanía.

La emergencia de nuevos liderazgos puede así cimentarse, ya no en la demanda por justicia social ni por participación política, sino precisamente en la demanda por empleo y por el aumento en capacidades de adquisición de bienes y servicios.²³

B.2. ESFERA PÚBLICA DELIBERATIVA

La esfera de la opinión pública sufre también importantes alteraciones con el curso de la modernidad capitalista. En sus comienzos esta esfera fue uno de los principales focos de expansión de las ideas burguesas en la lucha contra el *Ancient Régime*. La opinión pública quedó constituida como el espacio de co-presencialidad (tertulias,

²¹ Una expresión fidedigna de este fenómeno es la caracterización de los barrios de la nueva clase media (Maipú, La Florida) como "comunidades dormitorio".

²² Véase Tomás Moulian, *Chile Actual: Anatomía de un mito*, Santiago, LOM, 1997, pp. 102-109.

²³ Véase Jürgen Habermas, *op. cit.*, pp. 452-458.

clubes, etc.) donde los ciudadanos debatían acerca de los fines que debía orientar la praxis política de los gobernantes. Con el florecimiento de las ideas socialistas, la esfera pública deliberativa adquiere gran relevancia en la articulación de la vida social, hecho que define a la sociedad en un contexto de politización. Habermas entiende que lo propio de una sociedad de capitalismo tardío es el deterioro de la esfera pública, o más bien la colonización o invasión de ésta por parte de la razón instrumental o técnica. La técnica pasa, para Habermas, a jugar el papel de una nueva ideología que desplaza a las antiguas legitimaciones burguesas.²⁴ Las relaciones económicas y de dominio existentes en el pasado no pueden ya justificarse apelando a la tradición, pues es el propio desarrollo de las democracias lo que las vuelve obsoletas. Al desaparecer el papel legitimador de las ideologías burguesas, se agudiza el conflicto de clases (al no existir formas legitimatorias que puedan sustentar la dominación), poniendo en juego la supervivencia del régimen capitalista. El sistema político requiere entonces de un *programa sustitutorio* que sirva de legitimación de las relaciones de dominio y, que deje en estado de latencia, el conflicto de clases.

La tecnocracia viene precisamente a transformarse en el nuevo programa ideológico sobre el cual el modelo capitalista ha de sostenerse. En alianza con el desarrollo de la ciencia y la técnica modernas, esta nueva ideología es capaz de dar satisfacción a las necesidades más inmediatas de la población, permitiendo así aplacar el conflicto de clases, y poner entre paréntesis las cuestiones práctico-morales²⁵ que requieren de la deliberación ciudadana.

Al ser excluida de los espacios de decisión, la opinión pública pasa a constituirse apenas en el entorno relevante para la obtención de legitimación del sistema político. Este, queda reducido, a su vez, al aparato administrativo, desde el cual el Estado busca satisfacer las demandas ciudadanas no resueltas en materia económica, a cambio de la lealtad electoral de la masa cada vez más despolitizada. Las elecciones —una vez concluidas las campañas en que se busca reencantar políticamente a la ciudadanía— terminan invariablemente por transformarse en meros actos plebiscitarios en los que se escoge al mejor equipo de administradores.²⁶

Los tecnócratas adquieren así una importancia inusitada, al proporcionar las claves y argumentos técnicos sobre los cuales han de basarse las decisiones políticas. La ciudadanía despolitizada, escéptica de las antiguas legitimaciones, hace un acto de fe, no obstante, sobre aquello que parece incuestionable, el conocimiento científico-técnico (cifras macroeconómicas, las tasas de desempleo, el índice inflacionario, etc.).

La colonización de la esfera pública no sólo se produce como resultado de la tecnocratización, sino también merced a la mediatización de la política. Con el extraordinario desarrollo de los medios de comunicación de masas el espacio de la opinión pública se ha reconfigurado al extenderse sobre las restricciones espacio-tempo-

²⁴ Jürgen Habermas, *Ciencia y técnica...*, op. cit., p. 83.

²⁵ En adelante nos vamos a referir a éstas únicamente como "cuestiones prácticas", al modo que lo hizo Kant al abocarse al estudio de la moral. Véase Immanuel Kant: *Crítica de la Razón Práctica*, Buenos Aires, El Ateneo, 1951.

²⁶ Jürgen Habermas, *Ciencia y técnica...*, op. cit., p. 88.

rales, logrando trascender los límites de la copresencialidad. Este cambio, favorecido en un comienzo por el desarrollo de la prensa escrita se radicaliza a partir de la centralidad que adquieren los medios electrónicos.

Sin embargo, la privatización de los medios masivos, como la radio y la TV, y la dependencia de éstos hacia los avisadores comerciales, llevan a que en su parrilla programática, los mass media actúan más en referencia al mercado que al espacio público democrático. Por ende, los partidos políticos no tienen más opción que ajustarse a la cultura de consumo si quieren tener éxito en su intento por ganarse al electorado a través de los medios masivos. En condiciones de una sociedad politizada lo esperable es que la población interesada por conocer de cerca la discusión política contingente preste la atención necesaria para informarse sobre las propuestas de los distintos candidatos. La despolitización de la sociedad marca, por el contrario, la obsolescencia de la esfera pública deliberativa, o al menos su debilitamiento, y su sustitución por el espacio de la opinión pública mediatizada. Al utilizar este último término, no nos referimos tanto al rol difusor e informativo que cumplen los medios masivos, sino ante todo a la supeditación de la política a las lógicas mediáticas, a las modernas técnicas comunicacionales y al acatamiento a los dictámenes del *people meter*.

Esta dependencia repercute, a su vez, en que el debate de ideas se empobrezca en contenidos y se sature de slogans fáciles destinados a encontrar la rápida identificación del electorado más voluble en términos políticos. La campaña electoral se hace indistinguible frente a la campaña publicitaria convencional, al punto que durante los periodos de elecciones los ideólogos tradicionales de los partidos sean desplazados por los expertos comunicacionales. El trabajo de éstos es precisamente el de encantar a los electores indecisos, a los más apáticos y desinteresados, no valiéndose de medios de ilustración, sino adaptándose a ellos a la actitud impolítica del consumidor.²⁷ Resultado de esto es la referencia a lugares comunes, promesas triviales, que por su naturaleza no tienen connotación directamente política: menos pobreza, más empleo, más seguridad, etc.

Pero la mediatización de la política no sólo está presente en los periodos de campaña, sino y cada vez más en las continuas apariciones de los líderes públicos, quienes apoyados por los asesores de imagen hacen denodados esfuerzos por ganarse la simpatía de la audiencia a través de gestos, expresiones faciales, tonos de voz que supuestamente buscan mostrar naturalidad, espontaneidad, decisión, etc.

El lugar preferencial que alcanza la *comunicación estratégica* en la política, da cuenta fehaciente de la *colonización del mundo de la vida*. La comunicación estratégica es, ante todo, en palabras de Habermas un *uso parasitario de la comunicación* destinado no al entendimiento —ni siquiera al convencimiento— sino *únicamente a la persuasión*. Nuevamente las cuestiones prácticas relativas al tipo de vida que esperan tener los ciudadanos, los fines que se han de perseguir de ponerse en ejecución un determinado programa de gobierno, deben ceder su lugar a la razón técnica, a las modernas estrategias

²⁷ Jürgen Habermas: *Historia y crítica de la opinión pública*, Barcelona, Gustavo Gili, 1994, p. 241.

para atraer a la opinión pública: mostrarse afable ante las cámaras, parecer empático, usar un vocabulario enérgico para hablar de delincuencia, etc.

Todo esto a su vez, complementado con útiles herramientas proporcionadas desde el campo científico para constituir artificialmente a las mayorías, las que sólo cobran expresión política a través de los estudios de opinión pública (de ahí por ejemplo el lugar preferencial que ocupan las encuestas en la actualidad), restringiendo el debate a los temas que –“instrumentos altamente confiables” permitirían determinar– son de mayor interés ciudadano, sometiendo así a las voces minoritarias.²⁸

En consideración a lo anterior, la revalorización de la política, parece ser condición más que necesaria si es que se pretenden superar las posturas tecnocráticas que propenden el desprestigio de la política, o bien que la reducen a un asunto de profesionales y expertos en los que la ciudadanía deposita sus esperanzas. Como si los *policy makers*, apoyados por las cifras macroeconómicas o por el último recetario elaborado desde los organismos financieros internacionales, pudieran espantar como por arte de magia las desigualdades, injusticias y dilemas que aquejan a nuestra sociedad.

²⁸ No es de extrañar en estas condiciones que los movimientos de protestas o las posiciones más críticas sean descalificados por la clase política por “constituir sólo una minoría, que no representa el sentir del grueso de la población”.